

Lecciones de una derrota: el referéndum suizo (del 7 de junio de 1998) sobre manipulación genética

El pasado 7 de junio de 1998, el movimiento ecologista suizo cosechó una dolorosa derrota en un asunto de gran importancia: un referéndum de iniciativa popular que proponía una severísima limitación de la ingeniería genética en el país alpino. Suiza es uno de los contados países del mundo donde, gracias a mecanismos de democracia directa recogidos en su Constitución, los ciudadanos y ciudadanas organizadas en movimientos sociales tienen la posibilidad de plantear directamente en el terreno político las grandes opciones de sociedad. Les envidiamos esa situación. En los largos años que duró la iniciativa (1991-98), los ecologistas y defensores de los animales de toda Europa, conscientes de la trascendencia de lo que estaba en juego, volvieron los ojos hacia la República Helvética: también lo hicimos desde el Estado español. Sin embargo, una vez perdido el referéndum (en proporción dos a uno aproximadamente), el movimiento ecologista hispano ha pasado sobre ascuas sin querer dedicar ni una reflexión de pasada al asunto. Y entre los ecologistas que en los últimos años hemos trabajado sobre biotecnologías parece a veces inconveniente la mera mención del referéndum suizo: se perdió, pues a otra cosa para evitar agriarnos el ánimo.

Opino, por el contrario, que emplear en tales ocasiones la táctica del avestruz -la cabeza enterrada para no tener que percibir las realidades molestas- sólo nos perjudica a nosotros mismos. Las derrotas deprimen, pero también enseñan. Unos meses después, analizar -siquiera someramente- las causas de esa derrota puede ayudarnos a enfocar nuestro propio trabajo, escarmentando por una vez en cabeza ajena.

La *Genschutzinitiative* suiza (Iniciativa para la Protección Génica, en adelante IPG) fue promovida por el movimiento ecologista y ambientalista suizo: una coalición de grupos que incluían desde ProNatura a Greenpeace, desde el WWF hasta un grupo llamado Médicos por la Protección Ambiental. Se recogieron 110.000 firmas autenticadas entre el 12 de mayo de 1992 y el 25 de octubre de 1993 (bastaban 100.000 para obligar a un referéndum legalmente vinculante, cuyos resultados tenían que aceptar Gobierno y Parlamento). Además del movimiento ecologista apoyaban la IPG grupos de defensa animal, agricultores ecológicos, ONGs de solidaridad con el Sur, una organización de consumidores, el Partido Verde y el Partido Socialdemócrata (aunque en el seno de este último había prominentes disidentes que hicieron campaña contra la IPG). En total, unas 70 organizaciones que totalizaban aproximadamente 800.000 afiliados (esto supone el 11% de la población suiza, 7'2 millones de habitantes en 1995).

Contra la IPG se formó tempranamente una alianza que incluía a la gran mayoría de los científicos e investigadores y la industria farmacéutica (la cual puso toda la carne en el asador, consciente de lo mucho que estaba en juego). Se pusieron en marcha potentes fundaciones, como GenSuisse, con el objetivo declarado de "promover el debate público acerca de las biotecnologías sobre bases científicas". La patronal suiza participó directamente en la campaña, y a la oposición a la IPG se unieron también los partidos políticos de la derecha, las academias y colegios profesionales de científicos y médicos, las universidades, la Asociación Nacional de Agricultores... No hace falta decir que los opositores a la GPI dispusieron de mucho más dinero que sus promotores.

El contenido central de la propuesta de la IPG eran tres prohibiciones: prohibición de los animales transgénicos, prohibición de la liberación intencional de OMGs (organismos modificados genéticamente) al medio ambiente, y prohibición de las patentes sobre animales y plantas genéticamente. Para cualquiera que conozca un poco este debate, debería resultar evidente a priori que la tercera de estas prohibiciones potencialmente es capaz de concitar un consenso social amplísimo, la segunda bastante menos y la primera mucho menos. Siendo tan diferente su "capacidad de mayoría", ¿por qué asociarlas indisolublemente? A mi entender, *el maximalismo de esta propuesta -y sobre todo de la primera de las tres prohibiciones- fue una de las principales razones de la derrota.*

En sondeos de mayo de 1998 -sólo un mes antes de la votación-, aunque nada más que una minoría del 11% de los suizos estaba a favor de la manipulación genética de animales para obtener rendimientos mayores (productivismo agropecuario), en cambio *la mayoría estaba a favor de las aplicaciones biomédicas de la ingeniería genética*: un 66% aprobaba el uso de animales transgénicos para incrementar los conocimientos médicos y un 64% para ensayar vacunas y medicamentos. Todo hace pensar que *fue un error estratégico de los promotores de la IPG incluir una prohibición de todo tipo de manipulación genética de los animales*, sin distinguir entre aplicaciones biomédicas y agropecuarias de la ingeniería genética. De este error se aprovecharon sus adversarios: *el principal argumento en la campaña contra la IPG fue que la prohibición de los animales transgénicos detendría la investigación biomédica* (en Suiza, a mediados de los noventa, unos dos mil investigadores estaban trabajando con ratones transgénicos). Menudearon en su propaganda -igual que en la de los defensores de las patentes biotecnológicas en el Parlamento Europeo, durante los últimos años- las imágenes impactantes de enfermos en silla de ruedas... También se argumentó que la industria farmacéutica desplazaría gran parte de su actividad investigadora fuera del país, que la calidad de la enseñanza universitaria disminuiría y que Suiza quedaría aislada internacionalmente.

Según la ley suiza, las iniciativas populares como la IPG deben ser debatidas por el Gobierno y el Parlamento antes de ser votadas en referéndum. El Gobierno suizo tomó claramente posición contra la IPG, y la mayoría del Parlamento también. En el debate parlamentario -1996/1997- la izquierda, minoritaria, formuló una contrapropuesta con prohibiciones menos rigurosas: no se permitiría liberar al medio ambiente bacterias transgénicas, y las patentes biotecnológicas quedarían prohibidas. También esta contrapropuesta fue derrotada en el Parlamento de mayoría conservadora, pero *cabe sospechar fundadamente que una IPG formulada en estos términos sí que hubiese podido lograr la mayoría social.*

Durante la fase de campaña intensa -los cinco primeros meses de 1998- los medios masivos, y particularmente la prensa escrita, publicaron una enorme cantidad de información y opinión sobre manipulación genética, sin que pueda decirse que favorecieron claramente a una u otra opción (sin tener en cuenta la propaganda pagada, más abundante, como es obvio, la de los opositores a la IPG). En la votación -el 7 de junio- participó el 41% del censo electoral: el 67% votaron en contra (1.250.881 votos) y el 33% a favor (624.752 votos).

Nos engañaríamos si pensáramos que el referéndum se perdió simplemente porque los opositores a la GPI dispusieron de mucho más dinero para publicidad que sus promotores. Claro que eso cuenta; pero cuenta también mucho la forma en que argumentamos y las alianzas que somos capaces de forjar. *Hasta dos meses antes de la votación, la mayoría de los análisis presagiaban que el referéndum iba a ganarse*, y luego tuvo lugar un vuelco. Ya indiqué antes que me parece un error de fondo haber propuesto la prohibición de la manipulación genética de animales sin

más distingos: esto imposibilitó la formación de una alianza social más amplia, que incluyese a una parte de los científicos de laboratorio (los cuales se opusieron unánimemente a la GPI, organizando incluso manifestaciones de investigadores jóvenes en Zurich y Ginebra: unos dos mil participantes en cada caso). Durante la campaña, los oponentes a la GPI organizaron una red de científicos bien coordinados entre sí (comunicados permanentemente por un circuito cerrado de correos electrónicos) que respondían rápida y puntualmente a las intervenciones ecologistas, consiguiendo en muchos casos -sobre todo cuando los argumentos ecologistas eran débiles- desplazar el debate a su favor.

De cara a nuestro propio trabajo sobre manipulación genética en el Estado español, quiero extraer del caso suizo las cuatro conclusiones siguientes, y las propongo para su discusión dentro del movimiento ecologista y en particular en Ecologistas en Acción (la organización a la que pertenezco):

1. Es imposible ganar en este debate sin dividir a la comunidad científico-técnica y atraer a nuestro campo a una parte de los investigadores. Esto no se consigue con discursos anticientíficos, con irracionalismo primario ni con argumentación que no se apoye en una base sólida: y de esto tenemos por desgracia demasiados ejemplos en el movimiento ecologista. Por lo demás, creo que comprometerse con el conocimiento científico no debería ser para el ecologismo una mera opción táctica en debates como el que aquí nos ocupa, sino una elección de fondo. La biología molecular no es ni mucho menos "mala ciencia" como tal, por mucho que la expresión provenga de Vandana Shiva: si resulta tan peligrosa es precisamente por lo buena que es. Y lo que es malo (los sesgos ideológicos, la determinación de las líneas de investigación para favorecer intereses privados, las especulaciones sin fundamento, etc.) se discute y denuncia: los científicos honestos son los primeros interesados en la fiabilidad de lo que hacen.
2. El referéndum suizo es sin duda una derrota del movimiento ecologista; pero por otro lado es una victoria para quienes pensamos que todos los ciudadanos y ciudadanas pueden tomar decisiones bien informadas sobre cuestiones complejas, y que el desarrollo tecnocientífico no es un coto cerrado de los investigadores y los detentadores del capital, sino que debe encauzarse democráticamente (convicciones que comparte, creo, el movimiento ecologista). No vale acordarse de los referendos sólo cuando los ganamos: el compromiso democrático -sobre todo con las formas de democracia participativa- debe ser también opción de fondo y no mera táctica.
3. Es imposible ganar en este debate si dejamos que se transforme en "a favor o en contra de la ciencia y el progreso" (con el ecologismo arrinconado en el lamentable papel de los destructores del progreso). Sin aceptar desde luego la concepción vigente del "progreso", hay que reconocer los avances cuando son reales: y las nuevas biotecnologías incluyen herramientas poderosísimas, con potencial para mejorar la condición de las mayorías si se emplean bajo control democrático y con prudencia (lo cual hoy, desde luego, es harto difícil o imposible: por eso nos oponemos a lo que nos oponemos).
4. Es imposible ganar en este debate con propuestas incapaces de alcanzar una mayoría social, ni siquiera bajo condiciones favorables... y en concreto, en todos los países europeos, la mayoría social está (creo que con buenas razones) a favor de los avances biomédicos que pueden procurar, y de hecho están procurando ya, las técnicas de manipulación genética. Me parece irracional oponerse a la manipulación genética en general: no hace falta explicárselo a ningún enfermo de cáncer ni a las personas que lo quieren. En el movimiento antinuclear tampoco nos oponemos a las tecnologías nucleares en general: nos oponemos a la generación eléctrica en

centrales nucleares, no a las bombas de cobalto en los hospitales. El juego de "a radical no me gana nadie" puede resultar gratificante para activistas en horas bajas necesitados de reforzar su autoestima, pero no sirve de mucho a un movimiento ecologista deseoso de transformar la realidad... por ejemplo, impidiendo que nuestros adversarios en esta pelea -que son las transnacionales de las "ciencias de la vida", y no los biólogos moleculares, ni mucho menos los científicos en general- se salgan con la suya.

Ganar en este debate es de una importancia trascendental, porque aquello de que el siglo XXI va a ser "el siglo de la biotecnología" no es pensamiento desiderativo de nuestros adversarios sino realidad que ya tenemos encima: quien necesite que se lo diga "uno de los nuestros" puede echar una mirada al último libro de Jeremy Rifkin (*The Biotech Century*, Penguin Putnam, New York 1998), un poco *bestselleriano* como otros trabajos de su autor pero de bastante interés.

Jorge Riechmann
Publicado en *El Ecologista* nº 18,
Madrid, otoño de 1999